

Comunicaciones a la Dirección

LA DIFUSIÓN DEL «CANARIEN»

Sr. Director: En el número 88 de esta revista, correspondiente al último trimestre del año de 1949, fuí aludida (y no sin cierta impertinencia de forma, por cierto) por don Buenaventura Bonnet en una comunicación a usted, que llevaba por título el de esta misma, El señor Bonnet, que jamás se equivoca ni tolera la menor advertencia crítica a su obra, se refiere con tática sorna a mi noticia dada al hacer la recensión del trabajo de Miguel Santiago sobre la obra de Bergeron, trabajo que publiqué también aquí en el número 85, correspondiente al primer trimestre del referido año.

Leí la réplica del señor Bonnet en Madrid y, sin papeles allí para aclarar los conceptos, dejé mi repuesta para mi regreso a La Laguna, que verifiqué al comenzar el presente curso 1950-51; quehaceres más urgentes que el de una polémica «erudita» me habían impedido hasta ahora presentar mi pliego de descargos.

Tengo acostumbrados a mis lectores a avalar con citas verificables mis afirmaciones en el orden investigador. Yo puedo equivocarme como criatura humana que soy —y muy humana, por cierto! —pero hasta el error tiene su fundamento y cabe rectificar noablemente, cosa a la que también tengo acostumbrados a mis lectores en esta mismas páginas, unas dos ocasiones y, con ésta, tres. Es posible que no sea la última. Creo que así logro la entera confianza de ellos, porque, si honrado es avalar la afirmación con la referencia, no lo es menos dar seguridad de que, cuando uno se equivoca, también lo declara. A mí no me sirve de consuelo el ajeno ejemplo de los que se callan cuando les interesa, o no confiezan su error, violentando incluso los hechos para que digan lo que quisieran que dijese. Mal de muchos consuelos es de tontos, y cuando me equivoco de buena fe, soy la primera en lamentarlo.

De buena fe al decir que la edición primera de *Le Canarien* fué en 1629 usted mismo es testigo, y esta comunicación habría sido otra, si usted no me hubiera advertido mi confusión, al asegurarme que también usted se había equivocado en una ocasión que yo le recordé. Es decir, yo había leído en su trabajo *Las crónicas de la conquista de la Gran Canaria*, aparecido en el número 7 de «El

Museo Canario», 1935, pág. 37, que en 1629 fué «la primera publicación del *Canarien*». Como no soy especialista en historia y para mis trabajos me ha bastado conocer la edición de la Imprenta Isleña de dicha obra, al leer en el artículo de Miguel Santiago la descripción del *Traité de la Navigation* con una descripción de las Islas y la genealogía de los Bhéthencoures, impresa en 1629, obra que describe el librero Paláu también y que dice se hizo rara, yo la confundí con el texto de *Le Canarien*. Rectifiquen, pues, los lectores escasos de tales cuestiones y que conserven los tomos de esta Revista, en las páginas 138 y 139 del tomo XV, esa afirmación mía. La primera edición del *Canarien* de Bergeron es de 1630 y no de 1629, como dije, confundiéndome con otra obra de Bergeron que trata, entre otras cosas, de la descripción de Canarias y de la genealogía de los Bhétencoures, pero que no es *Le Canarien*. Creo que está claro que rectifico; pero, después de todo, ¿a qué tantos aspavientos? Si el señor Bonnet tiene unos ojos capaces de ver en un retrato de Béthencourt publicado en 1630 los estigmas de la lepra que padeció un hombre que murió en 1422, ¿qué de particular que los míos creyeran, al leer 1629 en una obra de Bergeron sobre Canarias y los Béthencoures, que se trataba de *Le Canarien*?

El segundo cargo que me hace el señor Bonnet es el que él no se equivocó al afirmar que el hecho de que Viera y Clavijo dijera que él, Viera, era el primero que publicaba las noticias del *Canarien* era incierto. Es decir, la tesis del señor Bonnet es que como Marín y Cubas y Agustín del Castillo conocieron la obra de Bergeron, y tales historiadores escribieron antes que Viera, éste faltó a la verdad.

Yo presentaba la cuestión de esta manera: En el prólogo al tomo I de sus *Noticias* hace Viera una relación historiográfica de los autores que le precedieron: Núñez de la Peña, Viana, Espinosa, Cairasco, Pérez del Cristo (citados por este orden), autores que no conocieron la obra de los capellanes franceses. Naturalmente que la mayoría de ellos no podían conocerla por razón de tiempo, como me objeta el señor Bonnet en un razonamiento perogrullesco. Ya lo sabía el propio Viera; pero en el espíritu de nuestro excelente historiador lo que había sobre el particular era el deseo de dar a conocer a las gentes el contenido de *Le Canarien*. Marín y Cubas y Castillo (que lo conocieron), repito que estaban inéditos, y ociosa me parece la disquisición que me hace el señor Bonnet entre publicar e imprimir. Todos nos entendemos cuando queremos; lo que Viera quiso decir cuando escribió: «Y como hasta ahora no se han publicado las importantes noticias que contiene [*Le Canarien*], ni en nuestro idioma ni en nuestras Islas, debo creer que mis lectores no dejarán de leer con el placer que trae consigo la novedad», lo comprendemos: él *publicaba* por vez primera, sí, para un extenso

público de lectores y no los contados eruditos que pudieran ver las obras manuscritas de Marín, de Castillo o el ejemplar que Núñez de la Peña corrigió, pero «cuyas retractaciones y correcciones están ocultas en las desvanes de cierta pequeña biblioteca», como dice el mismo Viera en el citado prólogo. Insisto, pues, en que Viera tenía razón. Claro que es más cómodo buscarle tres pies al gato que no cometer equivocación ¡Eso jamás! ¡Eso se deja para mí!

En el tercer apartado de cargos mezcla el señor Bonnet unas consideraciones que no entiende bien, pues no veo qué tenga que ver lo que habría sido mi recensión a su *Juan de Béthencourt* de haber conocido a tiempo el trabajo de Maffiotte, según dije, para que se deduzca que yo tenga que desentenderme de la obra de Margry. No me desentiendo de nada, señor Bonnet; lo que quería humildemente era enterarme de esa maraña de ediciones de *Le Canarien*, de las que, leyendo su libro, no logré enterarme. El trabajo de Miguel Santiago me dió más luz; me limité a intentar poner las cosas en su orden y, de paso que me enteraba, servir a algún lector. Eso fué todo. Obvio es repetir que no soy especialista en la cuestión y que hacía la reseña de un trabajo y no una monografía.

Dice el señor Bonnet que yo modifiqué en mi tesis doctoral el extremo de que Núñez de la Peña conoció *Le Canarien*, cosa que—por lo que él dice—«alguien» me manifestó. La nota me da risa, por lo cominera. ¿Qué comadre informó al señor Bonnet de este chisme de esquina de pueblo? En mi tesis no hay nada de Núñez de la Peña referente a *Le Canarien*, porque no es materia que se tenga que ventilar allí. Pero quede claro que, si de algo abunda mi trabajo, es de numerosas citas en las que nombro a todo bicho muerto o vivo que me haya servido lo más mínimo. Con afirmar que hasta si me han prestado un libro lo consigno en letras de molde, está dicho todo. Aparte de no quedarme con él, claro; pero eso no lo digo, lo hago efectivo devolviéndolo.

María Rosa ALONSO

ASCENDENCIA CANARIA DE MANUEL SOCORRO RODRÍGUEZ

Sr. Director: José Torre Revello ha publicado en el «Boletín del Instituto Caro y Cuervo», Bogotá, año III, 1947, págs. 1-35, un *Ensayo de una biografía de bibliotecario y periodista don Manuel del Socorro Rodríguez*, cuyo primer párrafo es el siguiente:

«Manuel del Socorro Rodríguez era oriundo Boyano, en Cuba, donde nació en 1754. Sus padres Manuel Rodríguez y Antonia de la Victoria eran considerados españoles o sea blancos, pero se tachaba a Manuel del Socorro de mulato. Fué bautizado en la que fuera parroquia del Santísimo Salvador por el presbítero Manuel Antonio Díaz, actuando de padrino Cristóbal de Lugo. Según refirió Manuel del Socorro en memorial que elevó al ministro José de Gálvez, descendía por línea paterna de los Rodríguez Phelipe, Herrera, Matas y Cardonas, residentes en Canarias y los tres últimos conquistadores; por línea materna de los Torres de Bayamo y de fundadores de la ciudad de Holguín, de la de Argumedo de Cádiz y de la de Molina de Canarias, descendientes también de conquistadores, “agregando que lo que me falta de sangre española es la parte de indio que me da el apellido Núñez; pero éste goza de la distinción de fundador en el pueblo de Xiguani”, cerca de Boyano. El padre de Manuel del Socorro ejerció en su pueblo natal la profesión de maestro de primeras letras y el arte de la escritura, diciendo su hijo con respecto a esta última profesión, que era mirada “como infamia” y que desde luego se le confunde con los mulatos».

J. PÉREZ VIDAL